

Gabriela
Riveros
Destierros



Lumen

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Manolo

La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. Ni camino, ni línea. Hay vastos pasajes donde se insinúa que alguien hubo, no es cierto, no hubo nadie.

Nunca he escrito, creyendo hacerlo, nunca he amado, creyendo amar, nunca he hecho nada salvo esperar delante de la puerta cerrada.

MARGARITE DURAS, *El amante*

Accidentes

Por un instante ajeno a los espectadores,
reinó el silencio dentro del silencio.

El director alzó los brazos.

Ejido Los milagros de Dios, Durango
22 de mayo, 2014

Adentro del cuarto oscuro, Helena frota un cerillo. Su rostro claro, avejentado, y su cabello de leona se iluminan. Enciende el cirio. Acerca el cerillo a su rostro para apagarlo. Brillan sus ojos de lechuza, un estanque de arena y sombras.

Helena sopla y un hilo de humo se eleva entre la luz cobriza. El olor a fósforo quemado se esparce por el cuarto. En un rincón, envuelto en una cobija, Alberto, su hijo, ronca con los ojos entreabiertos.

Helena se hincó frente a imágenes y estatuillas. Se persigna tres veces; murmura con los párpados cerrados, los dedos entrelazados.

—Te ruego por mi niña, por mijita, para que vuelva pronto, por ella, Maripaz, por lo que más quieras, mi Señor, por favor, que ya no tarde.

El dolor es una caricia perversa que sacude el estanque de arena y sombras. Tocan a la puerta.

Helena frunce el ceño y vuelve la cabeza.

Cae la noche sobre el desierto. La luna generosa y blanda palpita sobre la llanura. El cielo azul intenso resplandece atrás del lomerío lejano. Una estrella relumbra en el horizonte.

La brisa de polvo y grillos merodea por los cuartos de adobe; se interna en el corral con chivas y gallinas; se filtra

chillando por los huecos entre ventanas, muros y techos de lámina.

En medio de la oscuridad, del cascabelear lejano de víboras que no se ven, una mujer arrastra los pasos sobre la arena. Ha caminado toda la tarde con la niña atada a la espalda con el rebozo. Una punzada en la cintura, un calambre en la espalda le impiden ya levantar los pies del suelo. La lengua sedienta pegada al paladar. Fija la mirada en el cuarto de adobe que despide una lucecilla.

Un paso. Y otro paso.

Una punzada y el aliento que falta. La niña siempre silenciosa. Y en cada paso, su cuerpo golpeando la espalda dolorida. La tensión en el rebozo polvoriento.

Y esa ventana relumbrosa.

Ráfagas heladas, cansancio que ciega.

Toca a la puerta.

La puerta cruje. Un tunelillo se tiende entre la mirada de ambas mujeres. Helena la deja pasar. La mujer descuelga a la niña dormida en la espalda, la acomoda.

—*Córima tortía... Córima.*¹

Helena le señala el agua; le da unas tortillas duras. La mujer las sostiene frente a su boca y las come con desesperación. Helena vuelve a arrodillarse frente al cirio y las estatuillas para proseguir con sus rezos.

El silencio del cuarto se entrelaza con el crujir de las tortillas que se disuelven entre los dientes. Helena, con los párpados cerrados, mueve los labios.

La mujer la contempla; se acomoda junto a su niña y se queda dormida.

Antes del alba, la mujer despierta. Escucha los grillos, los ronquidos de Alberto, la respiración pesada de Helena. En silencio, se pone de pie, se acomoda las faldas, se amarra las sandalias, y coloca a la niña dormida en su rebozo.

Helena duerme recostada sobre el lado derecho.

La mujer está de pie detrás de ella, junto al catre desvencijado.

—*Muqui*.²

Helena despierta y se vuelve. Sus ojos de ámbar asoman por la oscuridad. El tunelillo entre las miradas se tiende de nuevo y se prolonga durante unos instantes.

—*A bale tewa. Ari ela cutomea*.³

Helena la contempla pasmada: cabello entrecano, ojos de lechuza. Sonríe a la imagen que la mente le devuelve. La mujer recoge su morral, se dirige a la puerta y sale.

En medio de la oscuridad y el sonido de los pasos que se alejan, Helena se sienta en el catre y se frota los párpados; vuelve la mirada amarilla hacia arriba.

Tareaa la canción de cuna. Se mece:

Señora Santa Ana,
¿por qué llora el niño...?

El cirio se ha apagado.

Y en el vaivén, el catre cruje.

A lo lejos, el cielo ya destila la claridad del día.

¹ No existe una traducción literal del rarámuri al español; debido a esto, lo más similar al concepto "córima" es "compartir".

² "Seño", en rarámuri.

³ "Ya viene. Hoy la tendrá con usted", en rarámuri.

Carretera Monterrey, N.L. - Jiménez, Chih.
22 de mayo, 2014

Parpadeas, Julia.

Un llano espolvoreado de yucas y pitahayas, de cactus y magueyes regados por el azar del desierto, se sostienen más allá de tu frontera, de tu párpado sereno, de esa ventana cerrada del auto, a veces para huir del aire que hierve, a veces por costumbre.

Parpadeas, Julia. Vislumbras un llano que inunda tu mirada. El desierto te envuelve en velos de silencio. Bajas un poco el vidrio del auto. El viento apresurado te ensordece. Inhalas ese aire hirviente. Subes el vidrio.

La vastedad de planicies de arena y polvo se extienden hasta el horizonte. Navegas como un amonites en ese antiguo Mar de Tetis, que es la carretera a Jiménez; navegas fiel al camino trazado por el asfalto. Sólo en el parpadeo se entrecorta esta visión. En la lejanía divisas hileras de montañas azuladas por la distancia, como si alguien las hubiera colocado ahí para enmarcar este desierto, para que los rayos del sol que caen por las tardes encuentren un lecho en el cual penetrar a las nubes que, luminosas y coronadas de mamey, se tienden sumisas sobre sus rugosos y enormes cuerpos.

Pero Julia, el dolor es una punzada que hierve dentro del estómago, detrás de la nuca, a un lado de la memoria; es esa angustia que te carcome lenta y perenne, perforando el vaivén de tus días y tus noches hasta volcarlo todo en un abismo, en una de esas grietas que cargas dentro.

—Tu papá se puso malo —dijo Nina—; los doctores no saben bien qué es. Tu mamá no quiere decirte, no quiere mortificarte. Yo creo que estaría bien que te dieras la vuelta. No les digas que te llamé.

NO MALTRATE LAS SEÑALES

El dolor es el silencio que perfora y arde.

El dolor es una ausencia; es el tiempo que se detiene.

NO DEJE PIEDRAS EN EL PAVIMENTO

¿Quién eres tú, Julia, navegando en este mar prehistórico, hoy desolado?

ALTURA LIBRE 5.5 M

Los tráileres de cajas dobles con nombres de empresas multinacionales te rebasan. Recorres una vez más el mismo trayecto de tu infancia.

110 KM/HR

Treinta y cinco años atrás tus padres iban al frente con los vidrios abajo. El aire caliente del desierto oreaba las gotas que resbalaban por tu espalda. Mariana y tú jugaban a delimitar su territorio sobre el asiento trasero.

—Mamá, ¿falta mucho para llegar?

—Quiero ir al baño.

—No me gustan los sándwiches con mostaza; quiero Fritos.

Una carretera remendada y roída por el desierto, por el descuido del gobierno, por la miseria que avanzaba como sarna implacable sobre la piel de los pueblos. Tolvaneras y vados, remolinos de arena, la firma del diablo, zonas de silencio en medio del silencio más profundo.

Aerolitos y cuarzos, polvo y más polvo. A veces se detenían por jugo de naranja en Bermejillo. Crucifijos asomaban al pie del camino.

—Papi, ¿por qué ponen esas cruces ahí?

Por las noches, las estrellas brillaban contenidas tras ese manto claro que era el cielo a punto de estallar, de desbordarse sobre el llano.

La luminosidad, reflejada por el polvo, y el cielo cohabitaban esa inmensidad.

PARADERO DE EMERGENCIA A 500 M

A veces caseríos. El desierto te concibe suspendida en una mudez absoluta, serenidad que amansa; en este tiempo, que es otro, te vuelve invisible, perdida de ti misma.

Parpadeas, Julia, y este acto se convierte en la única forma de corroborar que estás aquí avanzando sobre la carretera a Jiménez, en medio de un desierto que se extiende más allá del paisaje, más allá de tu memoria, tendido sobre la cresta de tu monotonía citadina, de esta angustia que hoy guardas dentro, con temor a que el resplandor de la mañana la encandile, a que se escurra entre tus dedos y arda sobre esa piel donde habitan tus recuerdos, tu infancia, tu origen... con miedo a que el dolor te haga despertar.

Seleccionas música. *Réquiem* de Mozart.

El lejano batir de las campanas de una catedral gótica llega hasta tu desierto. Pausadas. Como una premonición que avanza tras de ti.

La música germina en este contrapunto sereno, melodía triste que brota y toca la llaga que arde. Las voces:

*Requiem aeternam dona ets, Domine,
et lux perpetua luceat ets.*⁴

¿Por qué te gusta esa música escrita para despedir a un muerto?

La idea pasa cerca de ti, como un susurro y te estremeces.

Cada vida que dejaste de lado produjo su propia sombra.

Elegiste solapar tu voz, aprender a leer entre líneas desde las palabras no dichas. Elegiste el intento reiterativo de establecer comunicación con Santiago, de disculparte una y otra vez sin estar de acuerdo, de fingir entusiasmo frente a

ellos, de buscar temas en común; para escapar de lo que te duele, para no hablar de esas sensaciones imperceptibles que pertenecen al mundo de las orillas, de lo silenciado.

Santiago es sólo un espejo frente al que intentas contar tu vida. Elegiste el esfuerzo de adaptarte a él, de camuflarte, de olvidarte de ti misma.

Parpadeas. Frente a ti, la carretera es una línea recta que se desvanece en el horizonte. El desierto siempre inmutable.

Y te fuiste sin avisarle. Sólo dejaste una nota en su buró. Santiago se pondrá furioso.

ZONA DE TOLVANERAS

Cuartos de adobe junto a la carretera.

RESTAURANTE EL PORVENIR

TOME COCA KOLA

SE BENDEN DÁTILES, PYSTACHES

SE BENDEN FÓCILES Y JUGO DE NARANJA

Crucifijos grises con flores polvorientas asoman a la orilla de la carretera.

Matorrales dispersos, trozos de llanta regados sobre el pavimento; un par de caballos flacos mordisquean la llanura.

Quizá, si algo te sucediera... él te pondría atención.

TRÁNSITO LENTO CARRIL DERECHO

Caseríos. Alcanzas a vislumbrar su interior. El carro te protege, prolonga tu guarida. Pasas a unos cuantos metros de los cuartos y tráileres. Cada uno con su historia propia, sus palabras, su destino.

Un escalofrío te recorre.

Lucía Fernández: secuestrada, violada, desaparecida.

La música se aleja.

Eres vulnerable, una llanta ponchada, cualquier cosa. Tu cuerpo adentro de esos cuartos, fotografía instantánea que te crispa los nervios.

Eres Julia, pero a quién le importa si eres Juana o Meche o Silvia; puedes ser lo que ellos quieran. Tu casa queda lejos, escondida en una ciudad de tantas, en una colonia recóndita sobre una montaña de todas las que conforman este país. Tu calle es sólo un punto diminuto casi imperceptible entre el laberinto de hilos que conforman las ciudades. Santiago permanece tan lejos... tus hijos: Sofía, Chago, Adrián y Regina. Todo ajeno a este desierto donde podrías buscar eternamente la salida y, en ese intento, volver siempre al punto de donde partiste.

El desierto, su calor, nos lame el entendimiento.

Y esa cápsula tuya, avanzando sobre la carretera a Jiménez, prolongación de tu mundo: el aire acondicionado, las tubas, los fagots, las sopranos, el café capuchino acomodado al costado del volante, los asientos tersos.

*Sed tu bonus fac benigne
ne perennicremer igne.⁵*

El miedo conquista la tristeza de tus párpados, ardidados por la sal de tus lágrimas.

Una imagen dulce, que no sabes de dónde viene, aparece en tu memoria. Percibes la brisa del continuo movimiento de las siete faldas de una mujer tarahumara que recorre este desierto luminoso y tendido bajo el horizonte.

El contraste de las percusiones y los tenores contra el murmullo de sopranos y violines te estremece.

Mejillas de sol y polvo de la niña que la acompaña, el movimiento de sus siete faldas. Dos engranajes que giran y giran juntos para impedir que el tiempo se estanque.

Otra imagen se sobrepone: es una mancha lejana y acuosa sobre el pavimento. La crees un espejismo, como siempre.

El auto de adelante pisa el freno súbitamente.

Gira varias veces patinando sobre el diésel.

El desierto brillante se paraliza, los músculos de tu cuello se contraen, tus ojos se agrandan.

Una pipa enorme de gasolina se acerca. Cachalote sereno navegando sobre el sopor del mediodía.

El murmullo de los barítonos languidece y se aparta de ese tambor recreado en tus sienes, en tu pecho.

Pisas el freno, una y otra vez.

Nudos en el estómago, en los brazos.

Tu mirada fija en la defensa del auto,
en todo aquello que no has sido capaz de perdonarte,
en el rostro de Mariana tu gemela,
en el de tu padre, cuando te dijo de tu hermano,
en tu carrera trunca de pianista,
en los dedos que te hurgaron,
en la detonación de una bomba,
en tu vida de burguesa domesticada,
en las palabras no dichas,
en la mirada de Alejandro cuando te encañonaron,
en la indiferencia de Santiago.

Tu pie sobre el freno. Los chillidos de los cauchos silencian el murmullo de los coros y violines.

Aaaaameeén.

Y tu auto y el desierto solos, y los hombres del caserío.

Giras y giras.

No puedes escapar.

El tráiler cambia las luces. Un claxon desesperado se eleva sobre el llano.

No encuentras más asidero que la muerte.

Giran las siete faldas en círculos enormes que te arrojan al vacío, al silencio.

Abres la puerta. Presionas el botón rojo para liberarte.

Ruedas por el aire.

El tráiler, la pipa, el auto de adelante y el tuyo en una carambola.

Una fogata enorme alimenta este infierno.